

XXI

El jóven guerrero refirió el sueño de la noche al padre de Malkatun. El viejo no pudo desconocer la imágen de su hija en la luna fantástica salida de su seno para perderse en el seno de Othman, y en el árbol de ramas universales la profecía de la grandeza de la estirpe de Othman. Concedióle pues á su hija en virtud de esta intervencion sobrenatural de Dios; y aunque Othman no profesase todavía por completo el islamismo, el amor perfeccionó su conversion. El matrimonio del turco con la bella siria fué celebrado, con el rito mahometano, por un dervis llamado Turud, amigo de Edebalí. Othman ofreció en recompensa á Turud una mezquita para Alá y una casa para él en un vallecillo á la márgen de un rio, cuando se realizara lo prometido en el sueño. Othman recordó su promesa, cuando se hizo poderoso, y la cumplió. La mezquita, la casa, el nombre y la descendencia de Turud subsisten á estas horas en las cercanías de Ermeni.

XXII

Pocos años despues de la union de los dos amantes, el sueño profético comenzó á verificarse con las primeras hostilidades entre los turcos y los griegos. Los pastos colindantes, disputados por los pastores que los disfrutaban alternativamente llevándose además los ganados en represalias, dieron ocasion á la primera lucha entre las dos razas. Las querellas de los pastores dieron origen á las prolongadas guerras de los conquistadores.

Antes de referir las hazañas de Othman y los nuevos progresos del islamismo debidos á la guerra contra el imperio bizantino, echemos una ojeada sobre la decadencia de este imperio.

Desde que Constantino cambió de capital, el imperio romano, demasiado pesado para ser sostenido por una sola mano, no tardó mucho tiempo en disolverse. Dividido en dos por los hijos de Teodosio, el imperio bizantino á quien daba nombre su capital Bizancio, habia conservado contra los bárbaros de Oriente alguna cosa de aquel terror supersticioso que sentia Roma por su parte contra los bárbaros

del Occidente. Sus límites, por espacio de muchos años respetados, se extendían desde el Tigris hasta el mar Adriático, y desde los confines de la Escitia, hoy la Rusia, hasta la Etiopia, en donde se esconde el origen del Nilo. Entre las numerosas poblaciones heterogéneas sometidas á las leyes de este imperio, la población griega dominaba por el número, la nobleza de su raza, la religion cristiana primitivamente adoptada, organizada, propagada, interpretada, gobernada en Oriente por las artes, la elocuencia, la riqueza y la política. Al trasplantar el imperio de Roma á Bizancio, Constantino no había cambiado únicamente de religion y de capital, sino también de raza. Todo se había hecho griego en Grecia y asiático en Asia. Los emperadores y los romanos de Oriente no habían guardado de los romanos de Italia más que el orgullo y el despotismo. Los mismos vicios circulaban por diferentes venas. Se hubiera creído que Bizancio era una colonia persa. Los dictados de César ó de Augusto, conservados al poseedor, á los herederos ó á los colegas del imperio, afectaban en vano con estos títulos romanos una semejanza que había desaparecido de las costumbres. Las disputas teológicas acerca de los misterios del culto eran el único tema que servía de materia á la conversacion ó las discusiones; las facciones del circo se habían sus-

tituido á los partidos respetables del foro. El lujo, las costumbres licenciosas, la molicie, el imperio de los eunucos y de las mujeres, su influjo en el gobierno, habían, de reinado en reinado, debilitado los brazos y afeminado los caracteres. Los palacios de Constantinopla sobrepujaban en magnificencia á los de Neron en Roma y á los de los reyes en Persépolis. La pompa de las ceremonias públicas había reemplazado á la de los triunfos. Hasta el mismo traje de los últimos emperadores, descrito por san Juan Crisóstomo, se parecía más al de los sucesores de Jerjes, que al de los descendientes de Rómulo.

«El emperador, dice un escritor, lleva en la cabeza ó una diadema, ó una corona de oro con piedras preciosas de un valor inestimable. Estos ornamentos y los vestidos teñidos de púrpura están reservados exclusivamente á su sagrada persona. Sus túnicas de seda están adornadas con una bordadura de oro que representa dragones. Su trono es de oro macizo; no aparece en público sino rodeado de sus cortesanos, su guardia y sus servidores. Los escudos, las corazas, las lanzas, las bridas y los arneses de los caballos de estos son de oro, ó lo parecen. La ancha placa de oro que brilla en el centro de su escudo está circundada por otras más pequeñas que representan la forma de un ojo. Las dos mulas que tiran del carro del empe-

rador son enteramente blancas y van cubiertas de oro. El carro de oro puro y macizo, excita la admiración de los espectadores, que contemplan las cortinillas de púrpura, la blancura de los tapices, el valor de los diamantes, y las láminas de oro que deslumbran con su brillo, cuando centellean agitadas por el movimiento del carro. Las imágenes del emperador están pintadas en blanco sobre fondo azul. El monarca está sentado en su trono, revestido con su armadura; á su lado tiene sus caballos y su guardia, los enemigos yacen encadenados á sus piés.»

Los pueblos habian perdido con esta disciplina todo recuerdo de la antigua libertad; el servilismo, corregido á veces por la rebelion y el asesinato, era el blason de sus vasallos.

La esclavitud asiática se habia infiltrado en las costumbres. Los príncipes median su elevacion por el abatimiento de sus súbditos. Tales pueblos, sometidos al capricho de su señor, eunucos, favoritos, esposas ó cortesanas, eran igualmente incapaces de respetarse á sí mismos, y de defenderse contra la insolencia de los bárbaros que llamaban á sus puertas. Eunucos, esclavos acostumbrados á las mas abyectas funciones del palacio, recibian el mando de los ejércitos y los títulos de patricio, de cónsul y de padre de la patria. Colocábase su estatua de mármol ó bronce

en el senado, vana sombra del senado romano, conservado en Constantinopla como el paladion de la libertad.

«Uno, dice el historiador indignado con tanta infamia, saca á pública subasta el imperio, fracciona, separa y vende las provincias romanas, desde el Eufrates hasta el monte Hemus; otro obtiene el proconsulado de Asia en cambio de su deliciosa casa de campo; un tercero compra la Siria entera con los diamantes de su mujer; hay por fin quien se queja de haber sacrificado su patrimonio por adquirir el gobierno de la Bitinia. En un enorme cartel, expuesto al público en los muros del palacio, se ve la lista de todas las provincias que se venden y adjudicarán al mejor postor; y como el mismo eunuco ha sido vendido, él querria á su vez revender la humanidad entera. Tales son, añade el escritor, los frutos del valor de los romanos, de la derrota de Antioco, y de los triunfos de Pompeyo.»

Un gobierno tan venal y corrompido alentaba dos siglos hacia á los bárbaros. Los hunos devastaban la Persia, Atila subyugaba la Sarmacia y la Germania. Sus hordas llegaban hasta debajo de los muros de Constantinopla. Los emperadores compraban su salvacion con oro en vez de comprarla con su sangre. Alistaban á los búlgaros, á los godos, á los turcos,

para que sirvieran en la guardia de los emperadores, á fin de interesar á los enemigos del imperio en la defensa del resto del imperio, por medio de la posesion de sus dignidades y de sus tesoros. No tenian tampoco mas seguridad en el mar que en la tierra. Aventureros normandos, esclavones, tan pronto rivales como aliados de los pueblos salvajes del lago de Ladoga, fundaban mas tarde en Kief la monarquía rusa, bajaban por el Borystenes al Sud y desembocaban en el mar Negro. Nowogorod y Moscú, las Samarcandas del Norte, se elevaban entre los bosques de pinos; las flotas de aquellos cosacos las formaba una multitud de canoas construidas con enormes troncos de álamos blancos ó hayas. Estas canoas, guarnecidas con tablas altas, pero sin puente, llevaban de cuarenta á sesenta guerreros con las armas y las provisiones necesarias para sus expediciones. Dos mil de aquellas canoas costeando el mar Negro, forzaban algunas veces la entrada del Bósforo y llegaban al puerto de Constantinopla á intimidar á los emperadores y pedirles tributos. El fuego griego, última arma de los griegos, cuyo secreto se ha perdido, incendiaba en vano estas flotas, que renacian en la primavera siguiente como si fueran vegetaciones marinas. Los griegos compraban la paz con sus riquezas. «Contentémonos, decian los viejos rusos, á

quienes los jóvenes censuraban sus composiciones y tratos con el enemigo, contentémonos con los tributos de Bizancio. ¿No vale mas obtener sin combate el oro, la plata, la seda, las piedras preciosas y los esclavos? ¿Tenemos por ventura aherrrojada la victoria? ¿Podemos firmar un convenio con el mar y los vientos del Euxino? ¡Nosotros flotamos sobre el abismo de los lagos, y la muerte nos amenaza en cada una de sus olas!»

No se sabe qué presentimiento profético anunciaba de antemano á los griegos que estos pueblos misteriosos, perdidos aun detrás de los pantanos del Borystenes, y que estas flotas, que parecia que bajaban del círculo polar, eran los terribles usurpadores que amenazaban la posesion de su patrimonio oriental. Una inscripcion oscura, grabada sobre el pedestal de una antigua estatua ecuestre de Bizancio, significaba, segun se decia, que los rusos reinarian un dia en el imperio griego bizantino, de que tomaba posesion aquel caballero, tantos siglos ántes de nuestros dias.

XXIII

Ya en 1038, los turcos seldjukidas, señores de la

Persia, habian relegado á los kalifas árabes al rango de pontífices, cuyos dogmas adoraban, al paso que les cogian las armas y ocupaban sus provincias, apoyados en el título de tenientes temporales del vicario del profeta. Togrul-Beg, habia entrado en Bagdad, bajo el nombre de sultan, á la cabeza de trescientos mil hombres. Respetuoso en medio de su omnipotencia, habia tenido á pié la brida del caballo del kalifa, llevándolo desde la prision en que lo habian encerrado sus enemigos hasta el palacio.

Para cimentar esta forzosa alianza con los turcos, el kalifa habia elegido para una de sus mujeres á una hermana del sultan; pero por orgullo de raza le habia negado á su propia hija y no se la quiso dar en matrimonio mientras vivió. Togrul, nieto de Seldjuk, jefe de la dinastía de los seldjucidas ó seldjukidas, habia muerto en medio de sus triunfos. *Alp-Arslan* ó el *leon generoso*, sobrino de Togrul-Beg, le habia sucedido; enemigo del reposo y poco contento con el imperio del Asia, sometida sin murmurar á los de su extirpe, Alp-Arslan habia pasado el Eufraates, y habia inundado con un diluvio de turcos el inmenso territorio comprendido entre el mar Caspio, el monte Taurus y el mar Negro. La Armenia, la Georgia, y el Cáucaso se habian sometido al yugo. Los griegos habian evacuado estas provincias, y se

habian refugiado en las de Europa. La emperatriz Eudoxia, conociendo que no podia fiar la salvacion del imperio á la raza enervada de los griegos, se habia casado con un soldado bárbaro, valiente y fiel, llamado Romano Diógenes, para que defendiera el trono que compartia con él su soberana.

Romano rechazó por de pronto á las hordas tártaras y les arrancó á fuerza de heroismo la Frigia, la Capadocia y el reino de Armenia. Pero Alp-Arslan acudió á socorrer á sus derrotadas tribus con la flor de su caballería, y tiró su arco tártaro y sus flechas persas como una arma indigna en los momentos de extremo peligro, cogió una maza y un sable, se vistió de blanco para llamar la atencion, perfumó sus miembros con almizcle, cordial oriental que presta valor á los tártaros, y se presentó en el campo de batalla que debia de ser el de su victoria ó el de su sepulcro. Un dia entero de los largos del estío corrió mezclada la sangre de las dos razas. Al concluirse, los griegos habian perdido otra vez el Asia Menor. Romano se rindió cubierto ya de heridas y despues de haber perdido en el combate su décimo caballo. Un esclavo y un soldado bárbaros, tráfugas de sus guardias, lo reconocieron porque lo habian visto en Constantinopla en el trono de Eudoxia, y lo condujeron al Sultan. Alp-Arslan le mandó besar la tierra

en su presencia y puso su pié ensangrentado en la nuca del emperador. Los griegos, que lo presenciaron, prorrumpieron en llanto. Despues de este signo de sumision, impuesto al vencido, Alp-Arslan lo levantó, le dió la mano, lo besó y lo consoló de su derrota: — «He aprendido, le dijo él, á respetar la dignidad de mis iguales en valor y las vicisitudes de la fortuna. ¿Qué suerte os prometeis de mí?» preguntó á Romano.

« ¡ Si sois cruel, respondió el emperador vencido, me haréis morir; si sois soberbio, me ataréis á vuestro carró; si sois sabio y clemente me haréis pagar un rescate y me restituiréis á mi imperio! » Alp-Arslan era digno de su nombre.

Un millon de monedas de oro fué el precio del rescate de Romano Diógenes, y los griegos se comprometieron á pagar anualmente un tributo de cuatrocientas mil monedas de oro al sultan.

Al llegar á las puertas de Constantinopla, Romano supo que el imperio se habia sublevado contra él al recibir la noticia de su vencimiento. Mil monedas de oro fué lo que pudo reunir para su rescate, y eso es lo que envió á Alp-Arslan. Sensible el sultan á aquella impotente fidelidad, no exigió mas de lo posible al vencido, y se armó de nuevo para restablecer á Romano en el trono. Pero Romano habia perecido en la

prision, en que lo habian encerrado, ántes de la llegada del sultan. La Anatolia, Antioquia, la Armenia, la Colchida y las costas asiáticas del mar Negro, bastaron para satisfacer la ambicion de Alp-Arslan. Sus tiendas cubrian desde entónces toda el Asia occidental. Mil doscientos príncipes ó hijos de príncipes tártaros circundaban su trono; doscientos mil guerreros se trasladaban á su voz desde Bagdad á Trebisonda. Habiendo querido el sultan del Kharismo atravesar el Oxus para destrozár en el Turkestan su primer dominio, se echó un puente sobre el rio por orden suya; y la multitud de sus soldados era tal, que el paso de sus tropas de una á otra orilla duró sin interrupcion veinte dias y veinte noches.

El sultan de Kharismo fué vencido y presentado al vencedor. Alp-Arslan, olvidando su generosidad ordinaria, mandó que lo ataran por los brazos y las piernas á cuatro estacas, y que lo dejaran morir en aquel suplicio. Indignado el prisionero de aquella barbarie, logró burlar la vigilancia de sus guardias, se lanzó hácia el trono, sacó un puñal de su seno, y lo clavó en el de su verdugo.

« Lo merezco, dijo Alp-Arslan herido de muerte; en mi juventud me aconsejó un sabio que me humillara ante Dios, que desconfiara de mis fuerzas y que no despreciara nunca al mas miserable de mis

enemigos. He desatendido el aviso y mi orgullo recibe el castigo que ha merecido. Cuando contemplaba ayer desde mi trono los innumerables batallones, la disciplina y el valor de mi ejército, la tierra entera parecia que temblaba bajo las plantas de mi caballo. Yo me decia: « Tú eres seguramente el mas poderoso monarca del universo y el guerrero mas invencible, y ahora ya no son mias esas tropas. ¡Me muero!... »

Fué enterrado en el sepulcro de los seldjukidas, y sobre su tumba se grabó ese epitafio de todas las grandezas y de todas las vanidades mundanas:

« ¡ Vosotros que habeis visto la gloria de Alp-Arslan levantarse hasta los astros, venid aquí, y veréis su polco! »

Despues de su muerte, los turcos seldjukidas continuaron extendiéndose por el Asia occidental bajo el glorioso reinado de Malek-Schah y de sus sucesores, estrechando cada vez mas al imperio griego en los muros de su capital. Los hijos de Eudoxia daban festines á los emires en los arrabales de Scutari, enfrente de su palacio de Europa. Las fronteras de los bárbaros y de los griegos se tocaban en Nicomedia. Los emperadores cristianos se ligaban secretamente con los sultanes mahometanos en contra de los cruzados que habian ido á vengar el cristianismo. Los cruzados, impelidos contra la naturaleza, las costum-

bres y el clima hácia la Palestina, movidos solo por un piadoso vértigo, habian sembrado sus huesos en las tierras y los mares de Oriente. Solo habian conquistado el sepulcro del Cristo. Las olas del islamismo, rechazadas un momento, desbordaban en seguida por todas partes. La raza griega, demasiado vieja y gastada para soportar una religion nueva y tan severa como la cristiana, la descomponia con argucias teológicas muy semejantes á las idolatrias. El cristianismo, viciado por los griegos, florecia por el contrario en Occidente y vivificaba el imperio de los sucesores de Carlomagno.

La fé del Oriente habia hallado su profeta en Arabia. La raza romana se habia deteriorado y consumido en Constantinopla; la raza de los conquistadores tenia el vigor de la juventud. Un héroe le hacia falta para conducirla de una orilla del Bósforo á la otra de Europa. Othman iba á aparecer. Volvamos á la historia del patriarca de los otomanos ú osmanlis.